

Memoriales de la Gracia (Cap. 3)

Josué 3:1-4:24

El Cruce del Jordán

Normalmente tratamos el **olvido** como una debilidad humana normal. Todos ocasionalmente olvidamos por qué entramos en una habitación, dónde pusimos las llaves del coche o cuándo es el cumpleaños de alguien. Sin embargo, hay situaciones en las que el olvido puede tener graves consecuencias. Por ejemplo, de 1998 a 2024, 1.010 niños han muerto en los Estados Unidos como resultado de un golpe de calor pediátrico en vehículos. Muchas de estas muertes ocurrieron porque sus padres o cuidadores olvidaron que los niños estaban con ellos en el coche.

La **amnesia espiritual** puede ser igualmente grave. En nuestras vidas espirituales individuales y corporativas, olvidar cómo nos guio el Señor en el pasado puede llevar al desánimo, a una frágil seguridad de la salvación, a un sentido borroso de la identidad y a confusión sobre el llamamiento y la misión específicos en la vida. El Señor llamó repetidamente a los israelitas a recordar Sus mandamientos (Números 15:39, 40), a recordar cómo los libró de la esclavitud en Egipto (Deuteronomio 5:15; 15:15; 16:12), lo que hizo al Faraón (Deuteronomio 7:18), y toda la experiencia cuando Dios los guio a través del desierto hasta las fronteras de la Tierra Prometida (Deuteronomio 8:2). Josué debía tener siempre presente la promesa del Señor dada a través de Moisés con respecto a la provisión de una tierra donde Israel pudiera establecerse (Josué 1:13).

En contraste con los humanos, la Biblia presenta a un **Dios que recuerda**. Él se acordó de Noé y los animales durante el Diluvio (Génesis 8:1); Él se acordó de Abraham y protegió a Lot durante la destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 19:29); Dios se acordó de Raquel y abrió su vientre (Génesis 30:22); Él se acordó de Ana y le dio un hijo, Samuel (1 Samuel 1:19); Dios se acordó de Efraín y prometió tener misericordia de él (Jeremías 31:20). Cuando se dice que Dios se acordó de alguien, no es porque los haya olvidado. Su recuerdo es siempre un acto salvífico en favor de la persona que es “*recordada*”. La intervención de Dios se convierte en un evento memorable que debe mantenerse vivo en la memoria colectiva del pueblo de Dios en el futuro. En el capítulo 3 de Josué, Dios prepara a Israel para presenciar un evento que debe ser contado de generación en generación: el **cruce del río Jordán**.

El cruce del río Jordán, al igual que el cruce del Mar Rojo, tiene una profunda **significación** en la historia de Israel. Ambos eventos marcaron momentos cruciales que provocaron cambios transformadores en el estatus de la nación. Así como la división del Mar Rojo simbolizó la apertura de la puerta a la libertad para los israelitas, la división del río Jordán sirvió como la puerta de entrada a su establecimiento como nación en la Tierra Prometida. Por supuesto, cuando visitamos Israel hoy, nos sorprende ver cuán poco profundo se ha

vuelto el río Jordán debido a la irrigación agrícola y la necesidad de agua potable. Pero en los días de Josué, especialmente en primavera, cuando la nieve se derretía en el Monte Hermón y las montañas del Líbano, el Jordán se convertía en un río caudaloso e infranqueable. Los eventos paralelos, el cruce del Mar Rojo y el Jordán, son **marcadores cronológicos** en el viaje de Israel y tienen un profundo significado conceptual. Juntos representan el principio y el fin del proceso por el cual Israel se convierte en el **pueblo de Yahvé**.

El cruce del Jordán cumplió dos propósitos clave más allá de facilitar el paso físico de los israelitas. Primero, demostró la poderosa “*mano del Señor*” a “*todos los pueblos de la tierra*” (Josué 4:24). La referencia a la “*mano del Señor*”, a menudo asociada con los juicios divinos (Éxodo 9:3; 16:3; Números 11:23; Deuteronomio 2:15; Josué 22:31), enfatizaba la **misión y el poder universal de Dios**, particularmente cuando todos los pueblos de la tierra presenciaron el evento. Esta declaración teológica subraya la elección a la que se enfrentaban los cananeos: someterse al único Dios verdadero o resistir. Si elegían resistir, se estaban oponiendo al poder de Yahvé manifestado en el Jordán desbordante.

Segundo, el cruce tenía la intención de inculcar una **reverencia perpetua por Dios** entre los israelitas. Instaba a Israel a obedecer y adorar al Señor exclusivamente, enfatizando que el éxito en la posesión de la tierra dependía de una lealtad inquebrantable a su Comandante celestial.

¡Consagraos!

Para que ocurriera el milagro del cruce del Jordán, el pueblo de Israel tuvo que hacer **preparaciones especiales** (Josué 3:5). Los sacerdotes debían pasar por un proceso similar antes de comenzar su servicio en el santuario (Éxodo 28:41). Israel hizo preparaciones similares antes de presenciar la revelación única de Dios en el Sinaí (Éxodo 19:10, 14). Dios requirió una preparación espiritual especial de Israel antes de celebrar fiestas como la Pascua, una fiesta dedicada a recordar Su extraordinaria liberación de los israelitas en Egipto (Éxodo 12; Números 9:6-13). Las acciones de Jesús testificaron la importancia de la preparación espiritual antes de eventos importantes en nuestras vidas. Antes de comenzar Su ministerio y el llamamiento de los discípulos, se retiró al desierto por cuarenta días (Mateo 4:1-11). Antes de Su crucifixión, pasó la noche en el Huerto de Getsemaní orando por Sí mismo y por Sus discípulos (Lucas 22:32; Hebreos 5:7). Si Él necesitó esos días y horas para prepararse para los eventos futuros y encajar en el gran plan de Dios, ¡cuánto más necesitamos prepararnos nosotros!

Al mismo tiempo, es importante mencionar que tales preparaciones no tenían la intención de provocar el milagro divino. Dios es **soberano**, e interviene en las vidas de Su pueblo según Su infinita sabiduría y Su preciso tiempo. A diferencia de los dioses de otros pueblos antiguos, el **Dios Soberano** de la Biblia no puede ser invocado ni manipulado para lograr nuestros propios fines. Cuando Moisés preguntó por el nombre del Señor, probablemente para poder invocarlo cuando lo necesitara, la respuesta que recibió indicó claramente que

Dios no puede ser invocado ya que Él siempre está allí como el Creador omnipresente y omnipotente del mundo (Éxodo 3:13-15).

A menudo escucho y participo en conversaciones sobre la necesidad de la iglesia de un **despertar y renovación espirituales**. Estudiantes de la Biblia y la historia cristiana han tratado de descubrir qué ha provocado los grandes avivamientos en la historia del cristianismo con la esperanza de que, si pudiéramos crear las mismas condiciones, el avivamiento ocurriría de nuevo y Dios derramaría Su Espíritu Santo de una manera poderosa. Por supuesto, para que el pueblo de Dios experimente Sus poderosas manifestaciones hoy, es imperativo que Su pueblo no se quede de brazos cruzados, esperando que Dios actúe. Debemos hacer nuestra parte, pero también reconocer que la respuesta de Dios a nuestra preparación no vendrá porque la hayamos ganado. Los milagros de Dios a lo largo de la historia redentora siempre han sido las iniciativas y manifestaciones de Su **gracia infinita**. Por lo tanto, al igual que la inacción, culparnos a nosotros mismos o a otros por el hecho de que el despertar espiritual aún no ha ocurrido es igualmente improductivo.

Otra aplicación práctica de la preparación de Israel para encajar en el plan de Dios se relaciona con cómo podemos ver la obra de Dios en nuestras vidas y nuestro entorno. Dios no siempre obra de la manera espectacular en que lo hizo cuando dividió el Jordán, pero eso no significa que se haya retirado del mundo. No podemos atribuir cada evento a nuestro alrededor a la intervención directa de Dios, pero podemos aprender a ver Su poder en los **eventos simples de la vida**.

Jesús llamó bienaventurados a los **puros de corazón** y les dio la promesa de que verían a Dios (Mateo 5:8). El tipo de visión del que Jesús habla aquí no excluye la vista física, pero es mucho más que eso. Jesús usa el verbo *horao*, que describe la experiencia de Juan al ver la tumba vacía después de la resurrección de Jesús (Juan 20:8). Mientras María y Pedro vieron solo la tumba vacía y los lienzos allí, ¡Juan *vio más allá de la tumba al Mesías resucitado* y llegó a creer en la resurrección del Señor! Para que veamos con nuestros corazones, debemos pedir al Señor que los purifique para que nuestros corazones puedan discernir Su obra en nosotros, entre nosotros y a nuestro alrededor en nuestra vida cotidiana.

Como resultado del milagroso cruce del Jordán, según las palabras de Josué, Israel “*sabr*á que el Dios viviente está entre” ellos y Sus promesas relativas a la posesión de la tierra se cumplirán. La expresión hebrea “*sabrás*” aparece una vez más en el Antiguo Testamento hebreo, en la descripción de la rebelión de Coré, Datán y Abiram, cuando Dios restauró y confirmó la autoridad de Moisés como líder a los ojos del pueblo. El verbo “*saber*” aparece tres veces aquí en el tercer capítulo (Josué 3:4, 7, 10) para enfatizar que el propósito del milagro que va a ocurrir no es solo llevar a Israel a Canaán, sino dar a la segunda generación una **experiencia viva de Su poder**, para aumentar su fe en Él y su confianza en el liderazgo de Josué.

También es notable en este capítulo la forma en que el autor describe los eventos. Hasta el momento del cruce del río, los eventos se describen en rápida sucesión, comenzando con la

preparación, continuando con las instrucciones dadas al pueblo y a los sacerdotes, y terminando con el momento en que los pies de los sacerdotes entran y se paran en las aguas del Jordán. En este momento, sin embargo, la historia se ralentiza. Toda instrucción, discurso o diálogo cesa. Es como si, mientras las aguas del Jordán se hinchan y se detienen, el autor obligara al lector a hacer una pausa y reflexionar sobre la gran **imagen inmóvil del cruce**. Instintivamente, la historia debería haber continuado más allá de este punto, ya que el medio del río no es el lugar más sensato para detenerse. Pero Josué señala que no hay necesidad de apresurarse cuando el **Dios Viviente** hace sentir Su poder a Su pueblo. Más bien, deberíamos usar esta extraordinaria ocasión para inmortalizar con asombro y adoración la experiencia de la intervención de Dios para que su memoria sea una fuente de fuerza, aliento, fe y confianza para el futuro.

Recordar

El capítulo 4 del libro de Josué continúa tratando el evento del cruce, pero lo aborda desde un ángulo diferente. El capítulo se centra en cómo el milagro de la intervención de Dios puede conservarse en la memoria del pueblo, especialmente en las vidas de las **generaciones futuras**. Con el tiempo, el capítulo vuelve a Dios dando instrucciones a través de Josué sobre cómo asegurar que la experiencia del cruce quede grabada en la memoria de las futuras generaciones de Israel. Los doce representantes, uno de cada tribu, debían tomar una piedra del medio del Jordán, del lugar donde los sacerdotes estuvieron firmes, y llevarla a sus tiendas para la noche siguiente. Josué 4:3 usa una frase interesante, el verbo hebreo *nuakh*, que significa “descansar”, y esto no es accidental. El uso de este verbo conecta esta acción de los doce representantes con uno de los temas principales del libro, el descanso y la tranquilidad que Dios da a los israelitas como resultado de su asentamiento en la tierra (Josué 1:13, 15; 21:44; 22:4; 23:1). Así como las piedras que forman el monumento deben ser un recordatorio duradero para los israelitas del milagro del cruce, así también la intención de Dios es darles un **descanso duradero en la tierra**.

Las piedras del lecho del río sirven como una **profunda “señal”** que conlleva connotaciones de asombro y simboliza una representación externa de una realidad más profunda. Este concepto tiene sus raíces en ejemplos bíblicos como el arco iris (Génesis 9:12, 13), la sangre en los postes de las puertas (Éxodo 12:13) y el Sábado (Éxodo 31:13, 17; Ezequiel 20:12). La “señal” sirve como **memorial** para grabar el milagro del cruce en la memoria colectiva.

El término “**memorial**” implica recordar seguido de acción (Deuteronomio 5:15; 8:2; 24:22), alineándose con las prácticas del Antiguo Testamento como la erección de monumentos de piedra y la implementación de rituales que incitan preguntas. En lugar de simplemente repetir milagros, Dios establece recordatorios duraderos para evocar la memoria de Sus milagros, provocando respuestas significativas. La “señal” necesita ser duradera (*’olam*), destacando la importancia de preservar este acto en la memoria de las generaciones futuras.

La importancia del **punto entre generaciones** que el monumento de piedra pretendía construir también se expresa en las palabras de Josué al final del capítulo 4. Mientras que la pregunta de la generación más joven al principio del capítulo insinúa la significación del monumento de piedra para las generaciones mayores (Josué 4:6), la explicación final del capítulo sugiere que la experiencia del evento no debe limitarse a la historia de las personas que cruzaron el Jordán. A través de su testimonio, las futuras generaciones podrán apropiarse de la misma experiencia.

Nótese el cambio en el uso de los pronombres personales. En Josué 4:23, las aguas del Jordán se describen secándose “*ante vosotros*” (RVR), es decir, ante todos los israelitas que acababan de cruzar el Jordán, la mayoría de los cuales nacieron durante los vagabundeos por el desierto y que no experimentaron el milagro del Éxodo. Se dice que el Mar Rojo se secó ante aquellos que formaron parte de la generación que experimentó el Éxodo, la mayoría de los cuales murieron en el desierto. Las dos generaciones experimentaron eventos diferentes, pero sus significados eran idénticos. Esto permitió a la segunda generación descubrir por sí mismos, a través del testimonio de sus padres, el significado del cruce del Mar Rojo a la luz de sus propias experiencias similares.

En nuestras familias e iglesias, debemos practicar la **adoración intergeneracional**. Al hacerlo, crearemos ocasiones en las que las generaciones más jóvenes puedan comprender cómo sus experiencias espirituales se relacionan con las de sus padres. Verán cómo Dios, en Su fidelidad, permite que cada generación Lo descubra de nuevo como un Dios Viviente que no puede ser enterrado en el pasado. La adoración intergeneracional promueve un sentido de pertenencia e identidad compartida entre los creyentes. Salmos 145:4 enfatiza la importancia de que una generación alabe las obras de Dios a la siguiente, estableciendo una conexión que trasciende los límites familiares y temporales. Si bien podemos crear un entorno donde todas las generaciones puedan adorar a Dios, en última instancia, es la obra del Espíritu Santo la que vuelve los corazones de los padres hacia sus hijos y los corazones de los hijos hacia sus padres (Malaquías 4:6), fomentando relaciones de discipulado (cf. Tito 2:3-5) que preparan a un pueblo multigeneracional para el Día del Señor.

1. Véase "Muertes por golpe de calor en niños en vehículos", NoHeatStroke.org, consultado el 7 de enero de 2025, <https://www.noheatstroke.org/>.